Partido Comunista Ecuatoriano

Enero 2026
4ta época
#15

PERIÓDICO PODER POPULAR

EE. UU. Invade y bombardea Venezuela y secuestra al presidente Nicolás Maduro y la diputada Cilia Flores

América Latina y el mundo inició el 2026 atestiguando la barbarie imperialista que irrespetando cualquier tratado o normativa internacional bombardeó e invadió el territorio soberano de Venezuela para luego consumar el secuestro del presidente constitucional Nicolás Maduro Moros y su esposa, la diputada Cilia Flores

PCE Partido Comunista Ecuatoriano

Editorial

Frente a la barbarie imperialista: unidad, resistencia y socialismo.

América Latina y el mundo inició el 2026 atestiguando la barbarie imperialista que irrespetando cualquier tratado o normativa internacional bombardeó e invadió el territorio soberano de Venezuela para luego consumar el secuestro del presidente constitucional Nicolás Maduro Moros y su esposa, la diputada Cilia Flores. Todo esto, secundado por un discurso mediático que ha servido para hacerle creer a la gente que en Venezuela hubo fraude y que está instalada una dictadura. Así la derecha y el fascismo internacional sustenta y legítima en esa opinión pública el ataque imperial y aprovechan el silencio cómplice de quienes han caído en la espiral del silencio para establecer la hegemonía argumental en contra de la Revolución Bolivariana. Vamos a ir aclarando:

En Venezuela se realizaron elecciones de las cuales resultó triunfador el Gran Polo Patriótico con Nicolás Maduro como su Presidente, las actas fraguadas y mentirosas que expuso la oposición son diferentes al resultado real que reposa en las urnas que verificó el Consejo Nacional Electoral después de superar el ataque cibernético que sufrió el sistema electoral el día de las votaciones. Además de esto, se realizaron ya las elecciones legislativas que designaron un nuevo parlamento (nadie ha denunciado siquiera fraude) que entró en funciones en enero del 2026 y en el cual están varios diputados de oposición entre ellos Enrique Capriles, ex candidato a la presidencia de la República y uno de los referentes de la oposición al gobierno. Tanto es así, que después de la invasión las calles se han llenado de manifestantes exigiendo el respeto a su soberanía y la liberación y retorno de su presidente.

El Ecuador, con su gobierno lacayo del imperialismo, madrugó para saludar el crimen y de inmediato anunció el retorno de los venezolanos; así mismo lo hicieron otros gobiernos como el de Argentina y el electo presidente de Chile. Venezolanos opositores salieron a festejar en las calles de Nueva York y fueron arrestados por la Policía migratoria (ICE) y se encuentran en proceso de deportación. Donald Trump, sin ningún tapujo, explicó que su intervención era para recuperar el control del petróleo y obligar a Venezuela que les venda solamente a EEUU y que sean ellos, mediante el gobierno y las empresas norteamericanas, quienes administren el dinero del negocio, obligando a Venezuela a que con esos mismos recursos pueda solo comprar productos de fabricación estadounidense. Después de todo esto todavía hay imbéciles que piensan o suponen que lo que se ha hecho estaba bien y que se trataba de la defensa de la democracia y no de una invasión de dominio imperial.El imperialismo empieza el 2026 agudizando el bloqueo a Cuba y presionando a los países de América Latina para que le dejen de vender recursos sustanciales como el petróleo a fin de agudizar la crisis energética y posibilitar el descontento generalizado de la población. Amenaza con invadir Colombia y México y también le interesa Groenlandia. Sin reparo anuncia que se retoma la doctrina Monroe que se resume en la frase “América para los

Editorial

americanos” y prohíbe a sus lacayos fortalecer las relaciones con otras naciones como Rusia o China. Continúa el genocidio en Gaza, presiona contra Irán, amenaza a la Unión Europea y desconoce el derecho internacional. Esa es la verdadera cara del imperialismo.

Vamos entonces a poner las cosas claras: Ante la brutalidad del imperialismo solo queda la resistencia y solidaridad internacionalista, articulada en acciones concretas de defensa de la soberanía de todos los países y la autodeterminación de los pueblos. Iniciar una articulación antiimperialista y antifascista en cada país que se traslade a acuerdos tácticos que viabilicen diferentes campos de la batalla política; consolidar la solidaridad entre los pueblos, la organización revolucionaria y su vinculación con las masas.

Por último, las cosas se deben llamar por su nombre; ni siquiera en el lenguaje debemos ser contemplativos con quienes tratan de esconder en frases bonitas la barbarie. Es preferible romper con los tibios hoy y no cosechar traidores mañana.

c. Manuel Paredes Martínez
Secretario General
Comité Central
Partido Comunista Ecuatoriano.

El horizonte revolucionario vs el pragmatismo.

En política los argumentos de quienes no son revolucionarios se sustentan en el argumento de lo que se considera posible en el marco normativo burgués, respetando los derechos “adquiridos” por las clases dominantes; cuidando las buenas relaciones con el imperialismo; garantizando la ganancia de los empresarios y usando solo la vía electoral y la “imposición democrática” para avanzar en las reformas.

Por su parte, para nosotros los revolucionarios el límite de lo posible es justamente lo que planteamos romper y superar, pues sabemos que es necesario cambiar el marco normativo burgués, destrozar las bases de la acumulación capitalista y superar la democracia liberal por verdaderos sistemas de participación y Poder Popular.

En el Ecuador nos enfrentamos por lo menos cada dos años a procesos electorales en los gobiernos autónomos descentralizados o elecciones generales de asambleístas y presidente de la república. Muchas veces la política se limita a pensar en esos momentos electorales y no en la generación y acumulación real de fuerzas populares para impulsar transformaciones que sean más profundas. Esto es en lo que se esfuerzan quienes son progresistas, pero no revolucionarios.

El debate sobre la democracia no es cualquier cosa pues, aunque en principio se entiende este sistema como la imposición de las mayorías sobre las minorías, en la práctica la democracia en el sistema liberal termina siendo cualquier cosa menos eso. Ninguna persona puede elegir nada en su vida de manera honesta y correcta si no tiene la información completa y si no conoce las causas y efectos de su posible decisión. El voto mayoritario de una masa no implica, en sí mismo, democracia. Si las personas deciden sobre cosas que desconocen no están decidiendo, sino que se están sumando a una fantasía impuesta generalmente por quien tiene la mejor estrategia de marketing político y electoral.

Participar en las elecciones es necesario, es fundamental. Se debe hacer con una adecuada táctica y política de alianzas incluso, pero no puede ni debe ser la única táctica ni la única estrategia, y mucho menos el fin de los partidos revolucionarios. Apostarle a golpear el sistema desde adentro cooptando espacios de representación el sistema de la democracia burguesa debe entenderse somo un mecanismo más de la lucha política, una herramienta de la disputa ideológica y un instrumento para darle golpes a la estructura económica de acumulación Sin embargo, además de esa batalla debemos considerar la movilización organizada de las masas para disputar el poder desde adentro, así como usar mecanismos de presión al sistema que lo obliguen a ceder ante la propuesta revolucionaria de tal manera que pierdan en lo ideológico, en lo político y en lo económico. El problema es que muchas de las estrategias revolucionarias como la huelga, la protesta social y la paralización, en este momento no es entendida como un mecanismo de lucha y defensa del pueblo dado que el sistema ha impuesto la retórica de los “vándalos o los terroristas”.

Por ello, es fundamental retomar mecanismos de organización de las masas en sus expresiones sindicales, gremiales o sectoriales y desatar una fuerte ofensiva de propaganda revolucionaria que sacuda la conciencia de las masas sobre la necesidad de acciones más radicales pues es falso que el dialogo nos lleve a consensos. En el diálogo se impone la voluntad de quien tiene más fuerza y no necesariamente, la justicia. Nuestra fuerza está en la capacidad que tengamos de hacer templar el sistema y poner en riesgo los privilegios de la oligarquía..

PCE Partido Comunista Ecuatoriano

Actualidad

Del derecho internacional a la fuerza bruta: El nuevo rostro del imperialismo.

La reciente invasión y bombardeo al pueblo venezolano, coronada con el secuestro del presidente constitucional Nicolás Maduro y de su esposa Cilia Flores, constituye una afrenta histórica al derecho internacional, a la soberanía de los pueblos y a los principios elementales del derecho internacional humanitario. Es la manifestación más cruda del nuevo rostro del imperialismo estadounidense, cuyo eje central ya no es solo la diplomacia coercitiva y el chantaje económico, sino la violencia militar directa como instrumento central de dominación geopolítica y de saqueo de recursos naturales.

Desde una óptica marxista-leninista, el imperialismo es la etapa superior del capitalismo monopolista en decadencia, caracterizado por la fusión entre capital financiero y el Estado para asegurar la hegemonía global, los mercados y el acceso ilimitado a las materias primas. Como advirtió Vladimir I. Lenin, "el imperialismo es capitalismo en fase de descomposición, donde la competencia por la acumulación de capital conduce inevitablemente a la guerra y la dominación". Esta fase se expresa no solo en sanciones, bloqueos o intervenciones indirectas, sino en ataques militares directos sin autorización del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

Este nuevo impulso imperialista se articula con un discurso que busca ocultar sus objetivos reales tras eufemismos como "lucha contra el narcotráfico" o "aplicación de la ley", pero la verdad es más cruda: la codicia por el petróleo y otros recursos naturales, dado que Venezuela atesora las mayores reservas de petróleo probadas del planeta, con más de 300 mil millones de barriles, junto a otros recursos estratégicos, lo que la convierte en un objetivo geoeconómico clave para las grandes potencias capitalistas.

Este fenómeno no se limita a Venezuela. El imperialismo norteamericano ha mostrado de manera evidente su desesperación por mantener su hegemonía global mediante el control o la influencia directa sobre territorios ricos en recursos. Este saqueo estructural no es nuevo: desde la Doctrina Monroe hasta las intervenciones en Centroamérica y el Caribe, Estados Unidos ha constituido históricamente a América Latina como un "patio trasero" al servicio de sus intereses expansionistas.

Asimismo, el uso de la fuerza bruta se ha

Actualidad

globalizado de formas preocupantes. El imperialismo occidental, liderado por Estados Unidos y el sionismo internacional, ha perpetrado atrocidades masivas en Gaza, violando repetidamente el derecho internacional humanitario, bloqueando territorio y causando sufrimiento extremo a la población palestina bajo pretextos de “seguridad” o “lucha contra el terrorismo”. La política de genocidio encubierto en Gaza y las acusaciones internacionales de crímenes de guerra representan otra formulación de la lógica imperial: la violencia sistemática contra pueblos que resisten la subordinación.

Este violento reordenamiento del derecho internacional en favor de la “fuerza política” revela que las normas, tratados y cartas internacionales solo cuentan cuando coinciden con los intereses hegemónicos del capital financiero. Cuando los intereses geoestratégicos chocan con estos principios, la legalidad internacional es desechada, y el criterio de “quien tiene el fusil manda” prevalece.

La amenaza que representa este nuevo rostro del imperialismo no se limita a Venezuela. La administración estadounidense ha planteado explícitamente la posibilidad de operaciones similares en países vecinos como Colombia, México o incluso Cuba, con explícitas declaraciones que insinúan intervenciones bajo pretextos diversos y con el claro objetivo de asegurar posiciones económicas y políticas en la región.

Estas acciones evidencian que la crisis estructural del capitalismo lleva a potencias dominantes a emplear todos los medios, incluida la violencia militar directa, para mantener su supremacía económica y política a nivel global. El derecho internacional, cuando es invocado, sirve como pantalla para legitimar actos que constituyen exacciones imperialistas en detrimento de los pueblos y de su autodeterminación.

La respuesta de los pueblos y de los movimientos populares del mundo debe ser clara y firme: no basta con la condena; es necesario fortalecer la solidaridad internacionalista, la unidad de las y los trabajadores y las clases populares y la construcción de mecanismos alternativos de cooperación entre naciones que resistan el chantaje imperial. El marxismo-leninismo ofrece un análisis crítico y una brújula estratégica para entender estas agresiones como producto de un sistema en descomposición cuyo colapso acelerado multiplica la violencia como método político.

La autodeterminación de los pueblos no es un ideal abstracto, sino un derecho histórico que se conquista mediante la lucha organizada contra las oligarquías domésticas y la hegemonía imperialista. Solo desde esa perspectiva podremos enfrentar, denunciar y derrotar las formas modernas de dominación que buscan transformar la riqueza y soberanía de los pueblos en botín del capital transnacional.

Actualidad

Campaña por la liberación inmediata del Presidente Nicolás Maduro y la diputada Cilia Flores

La invasión militar y los bombardeos contra el pueblo venezolano, así como el secuestro del presidente constitucional de la República Bolivariana de Venezuela, Nicolás Maduro, y de la diputada Cilia Flores, constituyen un crimen político e histórico del imperialismo estadounidense contra la soberanía de los pueblos de Nuestra América. Este acto de fuerza bruta confirma que el imperialismo ha abandonado toda pretensión jurídica y democrática para imponer su dominación mediante la violencia directa.

Nicolás Maduro y Cilia Flores son prisioneros políticos, prisioneros de guerra del imperialismo norteamericano. Su secuestro busca descabezar la conducción del proceso bolivariano y abrir paso al saqueo de los recursos estratégicos de Venezuela, particularmente el petróleo, objetivo central del capital transnacional. No se trata de un hecho aislado: es una advertencia brutal dirigida a todos los pueblos que se atrevan a defender su soberanía.

Ante esta agresión, levantamos la Campaña por la Liberación y el Retorno del Presidente Nicolás Maduro como una iniciativa política, popular e internacionalista. Exigimos su liberación inmediata, junto a la de Cilia Flores, el cese de la agresión militar y la retirada de la presencia militar estadounidense de la región. Denunciamos la ocupación, el saqueo y la injerencia como prácticas sistemáticas del imperialismo en América Latina.

Esta campaña debe expresarse en múltiples frentes: acciones jurídicas y parlamentarias a nivel internacional; jornadas continentales de movilización popular; y una ofensiva comunicacional permanente.

Proponemos la conformación de una Coordinadora Bolivariana para la Defensa de la Patria Grande, que articule partidos, movimientos sociales, sindicatos y juventudes en una respuesta unificada.

El imperialismo apuesta a la fragmentación; nuestra respuesta debe ser organización, unidad y lucha. La causa de Venezuela es la causa de todos los pueblos. La lucha es continental y la respuesta debe ser revolucionaria.

PCE Partido Comunista Ecuatoriano

Opinión

El mundo después del consenso liberal: hacia una nueva fase de dominación.

El 3 de enero de 2026 se ha convertido en el parteaguas de una etapa histórica en el comportamiento del hegemón regional, es decir, los Estados Unidos de América, así como para el hemisferio occidental en cuanto a la ficción y continuidad del "consenso" de las democracias liberales burguesas ratificado desde el final de la Guerra Fría. La historia es objetiva al advertirnos de las decenas de invasiones, intervenciones y sabotajes que desde la Casa Blanca se han orquestado en casi 240 años de historia, siempre que sus intereses (y los de sus oligarquías gobernantes) así lo requirieron. La aplicación actualizada y la delimitación de la Doctrina Monroe ("América para los americanos", pero solo para los estadounidenses) se expresa claramente en los documentos públicos de la doctrina militar estratégica para la región. El nacionalismo anti globalista del lobby republicano manejado por Trump, Rubio, Noem, etc., evidencia la preocupación por recuperar la presencia en su "patio trasero", retomar el control de su "isla-nación" o, si somos más claros, su Lebensraum (espacio vital). Lo sucedido en Caracas marca una nueva fase de dominación, en la que las viejas estructuras del paradigma de mundo "bipolar" y cualquier ficción de derecho internacional público han sucumbido al casus belli arbitrario, propio del imperialismo más desaforado e irremediablemente superado por la coyuntura del mundo "multipolar".

La preocupación de los liberales defensores del mundo-paradigma "ONU" y de las posturas acomodadas a la denuncia sin compromisos y a la oposición que no causa molestia, es que este hecho devela el carácter real y esencial del imperialismo, que evidentemente puede saltarse cualquier ficción de derecho, acuerdo, carta o tratado cuando el interés interno (económico, político, militar) así lo requiere.

Nos encontramos ante una etapa en la que es "válido y permitido con impunidad" regresar a la demostración de poder como fuerza y capacidad militar. Los EEUU saben que su hegemonía se sostiene como consenso, cohesión y violencia y que el avance de la influencia de China y Rusia es ya una amenaza latente en otras regiones, por lo que se debe generar un "cordón sanitario" en su hemisferio.

Ante la coyuntura, debemos estar preparados y conscientes de que no hay "nada nuevo bajo el sol". Luego de las experiencias progresistas, toleradas hasta cierto límite por los mismos EEUU, nos encontramos ante un nuevo proceso de "encuadramiento", facilitado por la victoria electoral (nada casual) de recalcitrantes cuadros de extrema derecha en varios países de la región, en tanto que dicho "viraje" anunciado como la "derrota del comunismo", por los think tanks y voceros del imperialismo es una estrategia de reacomodo para establecer una disyuntiva derecha-progresismo abstraída de la disputa real de clase y que impida la emergencia de alternativas revolucionarias.

Actualidad

América Latina ante la arremetida descarnada del imperialismo.

El imperialismo no constituye una mera política exterior agresiva, sino la fase superior y necesaria del capitalismo, tal como lo definió Lenin en su análisis. Esta etapa representa la culminación de las contradicciones inherentes al sistema, donde la concentración del capital alcanza su expresión máxima que domina la vida económica global.

Hoy, esta fase imperialista ha ingresado en un período de reposicionamiento y esto se manifiestan con particular ferocidad en las naciones oprimidas, donde la explotación adquiere formas cada vez más descarnadas. América Latina, históricamente sometida a la condición de patio trasero del imperialismo norteamericano, enfrenta actualmente una ofensiva multidimensional que exige un análisis de clase riguroso, libre de ilusiones reformistas y basado en el materialismo.

El imperialismo está marcado por la concentración del capital, la fusión del capital bancario e industrial en el capital financiero, la exportación de capitales y la competencia entre grandes potencias por el reparto del mundo. Ahora bien, lejos de desaparecer, el imperialismo se ha transformado. Hoy la división del mundo no se realiza únicamente por conquistas coloniales, sino a través de mecanismos financieros, tecnológicos y militares. Las grandes potencias no buscan ya nuevos territorios para poblar, sino nuevos espacios para la valorización del capital, nuevos mercados y nuevas zonas de influencia económica y política. Esta realidad se expresa con crudeza en nuestra región.

El genocidio en Palestina y la imposibilidad de otros países como Rusia o China para detener aquello demuestra que no es el mundo multipolar que nos imaginamos, puede sucederle a cualquiera como también pasó con Venezuela y el secuestro de su presidente, es el límite de lo que se llamaba una multipolaridad.

En este contexto, el auge de tendencias fascistas y reaccionarias en la región constituye la respuesta terrorista del capital financiero ante su crisis histórica. El fascismo no es una anomalía del sistema liberal, sino una de sus posibles formas políticas en momentos de descomposición, como enseñaron Lenin. Las experiencias de Argentina, Bolivia y Ecuador demuestran con claridad que los gobiernos progresistas que no rompen con la lógica del capital y no desmantelan el aparato estatal burgués, terminan administrando la crisis para el imperialismo o son barridos por la reacción que ellos mismos contuvieron. El límite del progresismo es, precisamente, su negativa a enfrentar radicalmente el régimen de acumulación del capital.

La ofensiva imperialista actual se despliega bajo nuevos pretextos. Si en la década de 1960 se invocaba solo la "amenaza comunista", hoy se instrumentaliza, la "lucha contra las drogas" y el "control migratorio" para justificar la militarización del continente y la recolonización económica. Como señaló Lenin, "mientras exista el capitalismo, el exceso de capital no se empleará en elevar el nivel de vida de las masas, sino en aumentar los beneficios mediante la exportación de capital al extranjero". Esta lógica de rapiña continúa intacta, ahora disfrazada de retórica de seguridad hemisférica.

Frente a esta ofensiva descarnada, América Latina no puede ser territorio de conquista. Esto requiere construir instrumentos políticos capaces de dirigir la batalla: un partido marxista-leninista que eduque, organice y movilice a la clase obrera y al pueblo; frentes antiimperialistas y antifascistas basados en la movilización popular desde abajo y una estrategia internacionalista que una nuestra lucha con la de todos los pueblos oprimidos del mundo. En esta batalla no hay medias tintas: o avanzamos hacia la revolución socialista o nos condenamos a la barbarie capitalista.

PCE Partido Comunista Ecuatoriano

Opinión

Venezuela como advertencia: lo que el imperio está dispuesto a hacer.

El pasado 3 de enero, el mundo vivió un hecho sin precedentes, con la una intervención militar en Venezuela, que culminó con el secuestro del presidente Nicolás Maduro y su traslado a los EE.UU. Pero, reducir la intervención sucedida en Venezuela a un gobierno, es una operación discursiva y funcional al imperio norteamericano.

El Gobierno de EE.UU ha orquestado por vario tiempo, este ataque. So pretexto de emprender la lucha contra el narcotráfico; a inicios de septiembre Trump ordenó el traslado de fuerzas militares a las costas del Caribe, e inició una serie de bombardeos a embarcaciones, instalando la idea de que éstas transportaban droga.

Pero, este relato se desmonta cuando los datos señalan que, la principal ruta por la cual se transporta la droga a EE.UU es el pacífico (76%), mientras que por el Caribe se traslada apenas el 16%; desmontando así este relato.

Pero, ¿qué hay detrás de la incursión violenta contra Venezuela?

Venezuela, quien vive un Gobierno socialista desde 1999 con la llegada de Chávez. En el 2007, el Gobierno venezolano en post de recuperar la soberanía nacional frente a sus recursos energéticos, forzó la salida de empresas petroleras estadounidenses como ExxonMobil y ConocoPhillips; a través de la nacionalización de la Faja Petrolífera del Orinoco; en donde se exigía justamente una participación del 30% de la explotación a la empresa estatal PDVSA. Esto no fue aceptado por las empresas que estaban acostumbradas a llevarse toda la ganancia a costa del uso de los recursos energéticos propios del país; y salieron de territorio venezolano.

Hoy, Venezuela es uno de los países con mayor petróleo del mundo y con minerales que ahora mismo, con el crecimiento tecnológico, los países capitalistas demandan; y junto con Cuba, constituyen para el imperio, la desobediencia que no han podido parar. Pero Venezuela, a diferencia de Cuba, concentra más del 17% de las reservas petroleras, siendo la mayor reserva del mundo y superando incluso a Arabia Saudita según datos de la OPEP.

Es así que, cuando Trump habla de reactivar la doctrina Monroe, se refiere al control de los territorios, y sus recursos. La intervención militar a Venezuela, además de constituir una gravísima violación al Derecho Internacional, y a la Carta de las Naciones en donde se señala que ningún país puede intervenir en la vida política, mucho menos incurrir violentamente en otro, atropellando la soberanía; busca apropiarse de los recursos energéticos y juega a restablecer márgenes de reparto del poder global; y genera un precedente nefasto en donde se amenaza a todo país que intente desafiar el establishment.

El trasfondo es entonces sin duda, económico y geopolítico; frente a la erosión del mundo multipolar y el mandato hegemónico de EE.UU. El timing utilizado además fue parte de la estrategia de Trump para, en medio del engorroso caso Epstein, que destapó uno de los escándalos más grandes de pedofilia en el mundo, en el cual Donald Trump está involucrado; lograra desviar la atención, ¡una jugada de manual!

De lo que no existe duda es de que, lo generado en Venezuela intenta marcar un mensaje contra todo aquel Gobierno que desafíe el orden establecido sobre un modelo que, ya no da para más: El capitalismo.

América Latina enfrenta una gran encrucijada, aceptar la normalización de la intervención imperial o reconstruir una agenda de integración y autodeterminación de los pueblos que haga frente no solo desde lo político, sino además desde lo económico al modelo capitalista.

Organización o dispersión: el desafío de la izquierda en 2026

Tan pronto como inicia este año, la coyuntura internacional ya nos ha marcado un nuevo ritmo político. Soplan vientos huracanados. El Imperialismo se ha desprendido completamente de sus ropajes "democrático-liberales" y retoma una conocida política internacional de agresión directa (centrada en Latinoamérica), de enemigos internos (narcosocialismo) y relatos neofascistas libertarios. Esta coyuntura nos invita a tomar acciones urgentes en el plano organizativo (el cual no se debe entender fuera de su unidad con lo político).

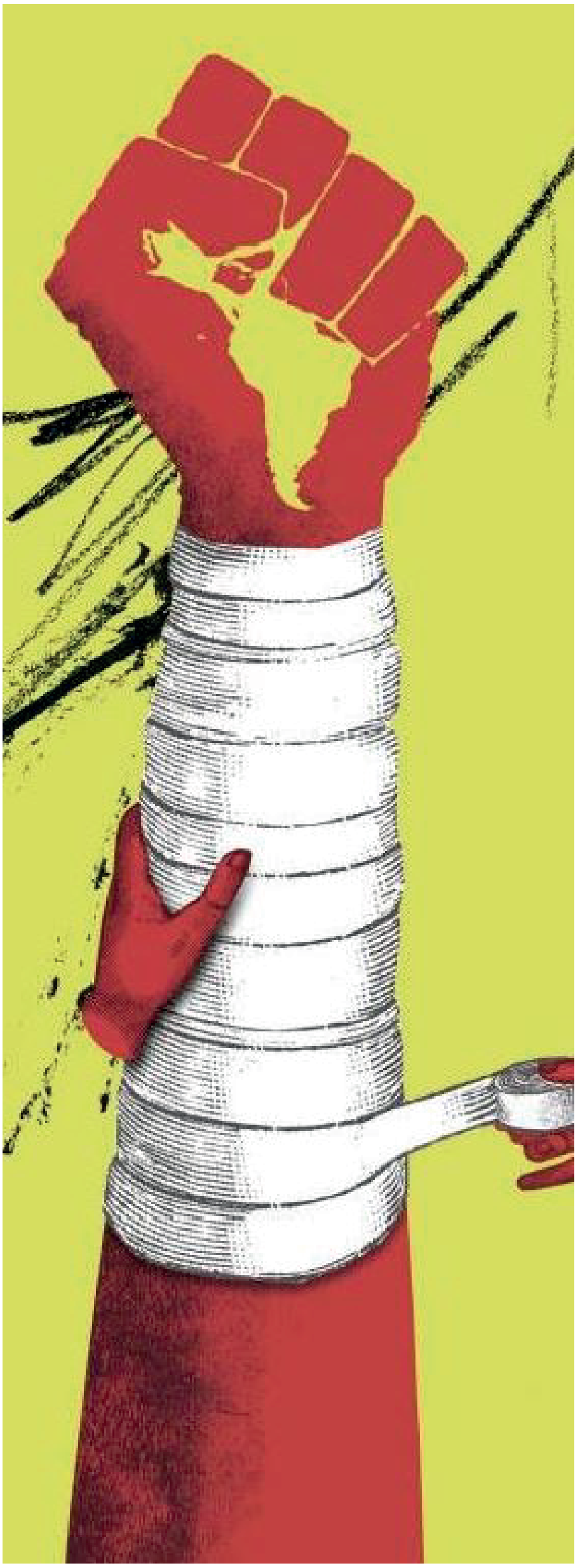
Hablar de organización es hablar de supervivencia en un mundo que nos disgrega, nos particulariza, no solo para consumir, sino para separar del grupo a los elementos potencialmente "perjudiciales" (críticos). Es urgente, "no solo toda declaración de amor", sino toda acción que reafirme lo colectivo, y no solo para "resistir", sino para salvarnos (en un sentido ecocéntrico, la totalidad social-natural como lo entendemos desde el marxismo). Construir la unidad estratégica es una urgencia, reconocernos entre quienes estamos dispuestos a llevar nuestro programa hasta las últimas instancias. ¿Y por qué no priorizar la unidad amplia táctica frente a la estratégica? Es simple, porque no es posible un parche, un "intento" de reconstruir el mismo consenso liberal que el mismo imperialismo americano acaba de desdeñar.

La dispersión generalizada, tanto de los sectores "organizados" (vanguardias práctico-organizativas y políticas) como de las "masas", debe entenderse como lo que es: una crisis de doble vía.

Primero, entre la incapacidad de los "politizados" de entenderse en un horizonte que implica un proyecto conjunto de toma del poder para la emancipación, y de la desconexión de "hablar" con la masa. La izquierda revolucionaria ha perdido su capacidad de conectar con los intereses de las masas, no por "solo" caer en agendas reivindicativas, sino por dejarse permear de elementos discursivos y prácticos ajenos y perniciosos en sí a esas mismas masas, y por ende a la clase a la que nos debemos. La burguesía transnacional y sus aparatos ideológicos han logrado incluso hacer dudar a la misma izquierda de nuestras propias potencialidades y horizontes.

En virtud de lo mencionado, debemos establecer con claridad, primero que nada, nuestro plan estratégico para la toma del poder; en otras palabras, el cómo vamos a operativizar la construcción del socialismo a la ecuatoriana. Tenemos claro, tal como enseña Lenin, que para la toma del poder se requieren tácticas diversas bajo la dirección del partido revolucionario, esto se resume en la combinación estratégica de las diversas formas de lucha y esto no puede quedar en una frase vacía, sino en una invitación a pensar nuestra acción política con minucia y astucia. Se dice que la guerra es la política llevada por otros medios, por lo que la "lucha" política (de clases) es en sí "el" conflicto social por excelencia, y por ende las leyes históricas descubiertas por el mismo marxismo-leninismo para entender dicha lucha se le deben aplicar en todas sus dimensiones y formas.

Cuando hablamos de estrategia y táctica (y de arte operativo, concepto intermedio muchas veces olvidado), no solo se debe entender para la coyuntura, sino que justamente debe adecuarse este análisis a un periodo concreto, lo que en nuestro caso define nuestro programa como resultado del análisis marxista de nuestra realidad concreta ecuatoriana.



Solidaridad

La unidad puede ser estratégica y/o táctica, para lo cual debemos identificar bien tanto a los aliados estratégicos y tácticos, como a los enemigos en el mismo campo diferenciado; los primeros -estratégicos- son los fundamentales para el desarrollo y desenlace del periodo que nos encontramos (son con quienes llevaremos hasta el final la construcción del socialismo en sí), y los tácticos con quienes superaremos los vaivenes de la coyuntura inmediata o de medio término, como por ejemplo al hablar de la liberación nacional o soberanía. Esto lo tenemos claro; sin embargo, la articulación de todas las formas de lucha se atraviesa en cada momento de esta praxis, y es donde menos claridad muchas veces las y los comunistas tenemos. Logramos muchas veces identificar cómo y con quiénes pelear o contra quiénes enfrentar nuestros esfuerzos, pero un buen estratega (como lo debe ser el intelectual orgánico del proletariado, o sea el Partido como vanguardia) también debe determinar el mejor terreno, circunstancias, herramientas, en suma, las condiciones para dicha lucha Es así que este principio político-operativo nos marca también condiciones para la unidad: es saber cómo y en qué niveles de lucha nos articulamos. La insurrección como arte, decía Lenin, debe entender que la lucha de clases va desarrollándose cualitativa y cuantitativamente, es decir dialécticamente, por lo que dichos niveles no son excluyentes entre sí, sino "momentos" o "instantes" del proceso revolucionario. Ante esto, el Partido, como elemento subjetivo de la lucha de clases, debe determinar con claridad el mejor momento para el despliegue específico y concreto que mejor se traduzca en avances para el proceso revolucionario; las condiciones no se esperan, se las construye con actividad transformadora. Por ejemplo, al formarnos para las tareas venideras, o afianzando en el camino los más fuertes lazos y alianzas, que solamente surgirán en cuanto nuestra organización se funde en el trabajo de masas, sin perder la perspectiva estratégica.

En línea con lo mencionado, es condición previa para un exitoso y revolucionario trabajo de masas, el reconstruir en la praxis (en la teoría y en la práctica) la teoría revolucionaria legada del marxismo-leninismo, asentada en la realidad ecuatoriana. Este es un proceso largo, que si bien hemos avanzado, requiere seguir desarrollándose, para conseguir primero la unidad más importante en cualquier proceso revolucionario: la ideológica dentro del partido en sí, la cual nos abrirá paso a clarificar la estratégica y por ende la táctica, para así evitar estar al vaivén de la historia y la lucha, y recuperar el rol de vanguardia, que como en palabras del c. Manuel Paredes Martínez, no es solo una declaración política, sino confirmada en la práctica.

En línea con lo mencionado, es condición previa para un exitoso y revolucionario trabajo de masas, el reconstruir en la praxis (en la teoría y en la práctica) la teoría revolucionaria legada del marxismo-leninismo, asentada en la realidad ecuatoriana. Este es un proceso largo, que si bien hemos avanzado, requiere seguir desarrollándose, para conseguir primero la unidad más

importante en cualquier proceso revolucionario: la ideológica dentro del partido en sí, la cual nos abrirá paso a clarificar la estratégica y por ende la táctica, para así evitar estar al vaivén de la historia y la lucha, y recuperar el rol de vanguardia, que como en palabras del c. Manuel Paredes Martínez, no es solo una declaración política, sino confirmada en la práctica.

Sin dudas, la coyuntura regional sienta elementos para el inicio de una nueva etapa de fuerte persecución y criminalización anticomunista; el consenso democrático-liberal en tanto elemento regional se ha roto de manera frontal, lo cual nos permite reafirmar la pertinencia de que nuestro Partido se declare como una organización reservada y compartimentada. Las y los comunistas jamás hemos dependido de la "legalidad" para nuestra actividad revolucionaria, porque nuestro horizonte trasciende los marcos ficcionales del Estado burgués y, en ese sentido, debemos recordar que somos "conspiradores profesionales". Sin dudas los retos para este nuevo año son varios; ante todo, construir un "partido para la revolución" es el más importante.

PCE Partido Comunista Ecuatoriano

Opinión

Volver a disputar hegemonía.

La batalla cultural no se gana con neutralidad

Antonio Gramsci nos legó una de las categorías más fecundas para pensar la política contemporánea: la hegemonía. No se trata únicamente de la dominación ejercida por una clase sobre otra mediante la coerción, sino, sobre todo, de la capacidad de construir consenso, de presentar un proyecto histórico particular como si fuera el interés general de toda la sociedad. En este sentido, la política es, antes que nada, una disputa cultural, ideológica y moral. Y esa disputa no se gana desde la neutralidad, porque la neutralidad es, en sí misma, una forma de alineamiento con el orden existente.

Hoy asistimos a una reconfiguración del bloque dominante en la que el fascismo ya no se presenta con los símbolos clásicos del autoritarismo del siglo XX, sino con el rostro amable del ultraliberalismo. Se blanquea bajo el lenguaje de la "libertad individual", del "emprendimiento" y del "antiestatismo", mientras profundiza la precarización de la vida, la mercantilización total de los derechos y la destrucción de los lazos sociales. Su legitimación ha sido posible porque se le ha permitido ocupar el espacio del debate institucional burgués como una opción más dentro del pluralismo formal, invisibilizando su carácter profundamente antipopular y reaccionario.

Desde una lectura gramsciana, este fenómeno no puede entenderse sin analizar la crisis de hegemonía del campo popular. La renuncia, explícita o implícita, al marxismo como línea vertebral del análisis ha debilitado la capacidad de nombrar el conflicto central de la sociedad capitalista: la lucha de clases. En su lugar, han proliferado narrativas fragmentarias que, si bien visibilizan opresiones reales, terminan siendo fácilmente capturadas por el discurso dominante cuando se desconectan de una perspectiva estructural y de clase. El resultado es una proliferación de disputas identitarias entre sectores populares que comparten, en lo esencial, una misma condición material de explotación.

Gramsci advertía que toda hegemonía implica una reforma intelectual y moral. Recuperar la disputa ideológica supone, entonces, reconstruir una cosmovisión capaz de articular las demandas dispersas en un proyecto histórico común. El marxismo como herramienta viva para comprender la totalidad social y sus contradicciones. Volver a él significa la urgencia de dotar a la política de un análisis riguroso del capitalismo contemporáneo y de sus formas renovadas de dominación.

En este contexto, no basta con denunciar que el capitalismo es insostenible, aunque lo sea, ecológica, social y humanamente. Es imprescindible volver a nombrar el socialismo como horizonte político deseable y necesario, como un proyecto concreto de reorganización de la vida social, capaz de garantizar condiciones materiales dignas, derechos universales y una democracia sustantiva para las mayorías.

En este contexto, no basta con denunciar que el capitalismo es insostenible, aunque lo sea, ecológica, social y humanamente. Es imprescindible volver a nombrar el socialismo como horizonte político deseable y necesario, como un proyecto concreto de reorganización de la vida social, capaz de garantizar condiciones materiales dignas, derechos universales y una democracia sustantiva para las mayorías.

La batalla cultural exige plataformas políticas movilizadoras, profundamente enraizadas en la experiencia de la clase trabajadora, que disputen sentido común y construyan voluntad colectiva. Como enseñó Gramsci, no hay transformación sin organización, ni hegemonía sin un proyecto claro. Volver a disputar hegemonía es, hoy, una tarea urgente y asumirla implica comprender que la neutralidad no es una opción.